

La inundación

La inundación

Fue la noche de la inundación la primera en minar mi confianza en la piedra. Reconciliada plenamente, yacía junto al agua —y allí sigue todavía— en los conductos de la cumbre de una colina que se introducen en cisternas de piedra, cisternas que resonaban con un murmullo conyugal, pues cada una encuentra su acento verdadero en semejante armonía.

Llovió durante treinta días. A través de las chimeneas y las puertas la casa se llenó con el rugir de las aguas. Los árboles estaban sin hojas, sin nada con que detener la amenaza y la música de ese estrépito ascendente, y ahora fluían ríos donde antes hubo corrientes.

A diario oíamos cómo se reducía la distancia entre la casa y el cauce. Pero las inundaciones sólo suceden en las llanuras lejanas, y nosotros habíamos superado antes alguna parecida a ésta; parecida, que no igual, como pudimos comprobar al verla rozar el vallado de la casa, y luego remontarlo y comenzar a cubrirlo a todo lo largo y caer con un chapoteo que resonaba como aplausos y extenderse. Inundó el jardín arriate tras arriate, hasta conseguir un nivel a su gusto.

La pared de la casa que daba a las aguas no tenía puertas ni ventanas y por tanto era segura: eran las puertas del otro lado las que me acobardaban

—ellas, y la noche profunda. Arrastré sacos
llenos de una masa blanda de tierra extraída
bajo la lluvia y los amontoné al pie de las puertas.
Con la pala en mano, ¿por qué no podría hacer
canales que devolvieran el agua al río,
antes de que mi barricada demostrara
lo frágil que era? Así que comencé a abrirme
camino a tientas en medio de la lluvia
en esa noche sin luna. Pareció entonces como si
se hubiera abierto una serie de compuertas
para que el agua inundara la tierra: fue la oscuridad
lo que excavé, no el suelo. El fango se disolvió
delante de mí y no pudo convertirse en una trinchera.

Este esfuerzo no condujo a nada; no hubo cauce
para la inundación, ni un fin con que su curso y sus recursos
crecieran y fuesen allí donde quisiera ella,
llevándose también a uno. Fue el sonido lo que me produjo
más terror que la inconsistencia que pisaba,
que la suciedad que eludía a mi pala —aunque eso,
también, llevaba su imagen hacia el interior
de la disolución que tal sonido orquesta—
en un día sin respiro, un disiparse
más allá de la forma y del ser. Entré.

Nuestro arco de piedra parecía cálido por dentro
y acogedor, aunque resonaba como una cueva
cuando la ascendente marea del río
golpeaba ya contra el lado más lejano
de la pared sin ventanas. Había mejor tarea
que hacer que la de excavar barro, y cogía
y me llevaba los objetos que la inundación
podría arrebatar, colocando un peldaño
entre el agua y el mundo de los libros.
El entendimiento, una vez que ha aprendido
a temer las eventualidades de la noche,
apenas puede valerse de lo que ya está allí:
fueron los pies los primeros en conocer
el elemento por el que el cansancio había errado
irracional y ciego. Los ojos despiertos
distinguían que la puerta sujeta por sacos de tierra
aún resistía, pero entonces vieron, sin mirar,

que el agua había puesto a prueba a la piedra
y la había encontrado deficiente: del muro
surgieron cien chorros: el suelo estaba inundado,
y esto era una invitación al agua para que lo siguiera,
mofándose de una puerta tras otra hasta ocupar toda la casa.

Achicamos agua a través de una ventana abierta
por medio de trapos y cubos, con un fervor despreocupado,
como si cuatro manos pudieran encontrar
fuerza para seguir el ritmo y luego sobrepasar
el natural exceso de un saetín. Ya digo que
aquella noche redujo mi confianza en la piedra
—tan porosa como una esponja, donde yo había visto antes
la imagen de la constancia, un terreno para el desahogo
y la desenvoltura de la luz. Aquella noche redujo,
aunque no traicionó totalmente, mi confianza.

Porque los muros resistieron. Mientras intentábamos dormir
—y lo conseguíamos a veces— sabíamos que la inundación
discurría tres metros por debajo de nosotros. Así que
estábamos colgados entre un sueño de temor y la cosa misma.

Luces de agua recorrían mi cerebro y el sonido
lo convirtió en el tímpano de un oído. Al levantarme
la lluvia había cesado. La plenitud de la mañana
flotaba y fluía con el agua a través de la casa,
y bailaba en los techos formando remolinos
mientras yo avanzaba. Parecía pura estupidez
detenerse a elogiar el resplandor, y sin embargo
yo lo hice y te llamé para que bajaras a compartir
este vértigo de rayos de sol por todas partes,
como si ninguna superficie pudiera evitar tambalearse
y la misma piedra fuera maleable como la arcilla.
La primitiva luz hizo intemporal al día
y lo devolvió al origen, purificado de toda mancha
y deterioro, lo trasladó al tenue brillo del comienzo,
que apaciguó al oído resonante con sonidos
hasta que la riada dio la sensación de que fluía
sin otra carga que ese destello mismo.
La luz calmó a la mente y le mostró lo que debía hacer,
donde el trabajo de una hora o dos podría
derribar una orilla y dejar pasar la corriente,
y de esta forma detener la mitad de la fuerza
que desviaba a la masa de agua de su recorrido.

Cuando el impulso se agotó, regresamos. Por la noche la casa volvió a estar segura, pero dentro hacía frío.

El eco de las aguas ocultó nuestro sueño de terminar en una ruina de muros:

todavía estábamos allí, con demasiado trabajo por delante como para hacerlo medianamente bien.

Aguardamos entonces la compasión atmosférica y las estrellas de diciembre se cubrieron de escarcha sobre las aguas.

Asesino

el estertor de Trotski y sus quejidos
de jabalí

Piedra del sol (Octavio Paz)

Vaticiné la sangre. Había dejado a un lado las distracciones de la retina, la mirada que como un niño se debe alimentar y consolar con pautas, referencias. La habitación se había reducido a un pisapapeles de cristal y él al centro, prisionero de la transparencia.

Él hacía ruido con las páginas. Yo conocía esa cabeza con todo detalle. Fijé la mirada hasta que sólo vi su vulnerabilidad. Bajo mi estremecimiento hubo un alivio, salvo esa rígida insistencia cuando crujió el papel como con una brisa de Octubre.

El sonido distrajo la mirada. Habitábamos juntos una celda sin lugar. Debo contener este afán del oído por la discriminación, su absurda insistencia en las ondas, la fluidez, la realidad que se aferra a los enérgicos y gigantes zumbidos del papel. La puerta de la historia es más estrecha que la del ojo o la del oído.